

una llaga peligrosa que tenia en una pierna amenazaba á su vida, y le hacia inútiles sus proyectos, determinó pasar á Roma para curarse radicalmente. Diéronle en esta ciudad noticias de que en el hospital de Santiago de los incurables era el sitio mas oportuno para su curacion, por estar al cuidado de los mas hábiles cirujanos de aquella capital del mundo. Hizo sus diligencias para entrar en aquel hospital de sirviente, y habiéndolo conseguido, se puso en cura, que consiguió, aunque no del todo. Como la pasion al juego se habia apoderado de su alma desde los tiernos años, habia pasado no solamente á costumbre, sino casi también á naturaleza; por esta causa le precipitaba de modo, que desatendia á sus obligaciones, armaba pependencias con los enfermeros, y le hacia inútil en su oficio. Reprendióle diferentes veces el administrador, pero sin fruto, hasta que hallándole una vez una baraja de naipes debajo de la almohada en ocasion que acababan de reprenderle, y él de dar palabra de apartarse del juego, le juzgaron incorregible, y como á tal le echaron del hospital.

Viéndose Camilo sin oficio ni modo con que sustentar su vida, sentó plaza de soldado, y sirvió á la república de Venecia en las guerras contra el turco, y sucesivamente á la corona de España. Vióse en este tiempo en diferentes peligros de perder la vida, sin que ninguno de ellos le despertase del funesto letargo en que le tenian los vicios. Pero hallándose en la isla de Corfú con una enfermedad peligrosa, destituido de todo humano socorro, y sin esperanza de vida, se volvió á Dios, lloró sus culpas, las confesó, y recibiendo el sagrado Viático, recobró la salud con tan soberano alimento. Pasando después á Nápoles, y padeciendo una tormenta en que todos se juzgaban perdidos, renovó el voto que habia hecho; pero llegando á esta ciudad, volvió otra vez al juego con tal desenfreno, que perdió cuanto tenia hasta la camisa que llevaba puesta. Despidieron á los soldados de la armada, y quedó Camilo en estado tan miserable, que en Manfredonia tuvo que pedir limosna para sustentarse. Viéndole joven y capaz del trabajo un noble llamado Antonio Nieastro, le persuadió que se aplicase á él, ofreciendo facilitársele en la obra que á la sazón tenian los padres Capuchinos. Disuadióle de aceptar semejante ocupacion un compañero suyo, acostumbrado como él á la vida vagamunda y holgazana; pero Camilo movido de Dios, que ya con enfermedades, ya con peligros de la vida, y ya con la miseria procuraba atraer á sí á esta oveja descarriada, desamparó á su compañero, y se puso á servir en el convento de los Capuchinos. Diéronle el encargo de acarrear piedra y cal con

unos jumentos, y aunque el ejercicio era penoso, no solamente por el trabajo, sino por la bajeza y por las burlas de los muchachos, á que le esponia, le prefirió á una vergonzosa y miserable mendiguez. Ya habia llegado el tiempo en que la diestra de Dios, á cuyo poder no hay nada que se resista, habia determinado emblandecer el corazon de Camilo, y hacer vaso de eleccion al que antes lo habia sido de inmundicia. Valióse para esto del guardian del convento de Capuchinos de la villa de S. Juan, adonde le habia enviado con sus jumentos por una carga de vino. Aquel venerable padre le habló con tanta uncion y fervor de la Justicia divina, de la gravedad del pecado y de las penas del infierno, que sus palabras se clavaron en el corazon de Camilo como agudas y penetrantes saetas. Volvia éste por el camino rumiando lo que el venerable guardian le habia dicho, y repentinamente se apoderó de su entendimiento una luz tan clara y copiosa, que le hizo ver todos los errores de su vida, y toda la misericordia con que Dios le habia librado de los suplicios eternos. Arrodillóse en medio del campo, hechos sus ojos dos fuentes de lágrimas, pidiendo á Dios perdon, y ofreciéndole con las mayores veras hacerse inmediatamente capuchino, para lavar con lágrimas de penitencia todas las manchas de su pasada vida.

Esta conversion admirable sucedió por los años de 1575, dia de la Purificacion de nuestra Señora, y teniendo veinte y cinco años de edad. Apenas volvió á Manfredonia se fué al padre guardian, y con lágrimas en los ojos le refirió cuanto le habia pasado, pidiéndole por amor de Jesucristo no le retardase el favor de vestirle el hábito de capuchino, para tener el consuelo de haber cumplido á Dios el voto que le habia hecho. No pudo resistirse el guardian ni los demás religiosos á las fervorosas súplicas de Camilo; antes bien estas hicieron tanta impresion en todos ellos, que quisieron que tomase el hábito para sacerdote, á lo que no pudieron reducir al fervoroso alumno de la divina gracia. Hecho religioso, comenzó á manifestar que tanto su conversion como su vocacion á aquel estado habian sido obra de la diestra del Todopoderoso, quien con su gracia procuraba llevarla á la mas alta perfeccion. Gozoso se hallaba Camilo entre los rigores, asperezas, pobreza y penitencia de la religion; pero habiéndosele renovado con el continuo ludir del hábito la llaga peligrosa que tenia en la pierna, ni él pudo continuar en aquel tenor de vida, ni los religiosos pudieron consentirlo, sin embargo de que estimaban sumamente las heroicas virtudes que advertian en él, y con que los tenia edificados. Prometiéronle que le recibirian siempre que sanase de su llaga, y esta promesa suavizó la amargura que pro-

dujo en su corazón el no verse contado entre los hijos de S. Francisco. Volvió á Roma á buscar su curación en el mismo hospital en que antes la había logrado, y al mismo tiempo para enriquecer su alma con el espiritual tesoro del jubileo del año santo, que estaba publicado entonces. Confesábase Camilo con el glorioso S. Felipe Neri, á cuyas instrucciones debia gran parte de su fervor. Con este Santo comunicó su vuelta á los Capuchinos viéndose ya sano de su llaga; y S. Felipe le aconsejó que no volviese, porque se le renovaría, y se verían frustrados sus deseos, como en efecto se verificó. Viéndose el Santo despedido segunda vez de la religion de los Capuchinos, se desvanecieron todos sus escrúpulos, y llegó á convencerse de que Dios queria que le sirviese en otro estado. Volvióse á Roma, buscó á S. Felipe Neri, el cual viéndole, le dijo: Oh buen Camilo, ¿no te decia yo que no volvieses á la religion de los Capuchinos, porque no podrias perseverar en ella? Acaricióle mucho el Santo, encargóse de su dirección, y estando vacante entonces el empleo de mayordomo del hospital de Santiago, le pretendió y logró Camilo, siendo su caridad y demás virtudes los intercesores mas poderosos que movieron á los administradores á conferirle aquel empleo. Portóse el Santo en él con tanto zelo, que en breve tiempo parecia el hospital un observante monasterio de perfectos religiosos. Velaba dia y noche sobre la asistencia de los enfermos; él les hacia las camas, los curaba y asistia, prefiriendo entre todos su compasion y ternura á los que padecian enfermedades mas asquerosas. Su ejemplo era el mayor incentivo que obligaba á cumplir con su obligacion á los enfermeros. A los que encontraba descuidados ú omisos los reprendia con dulzura, logrando sus exhortaciones lo que no pudieran los castigos. Pero se afligia su alma viendo que todas sus solicitudes no bastaban para que dejasen de morir muchos sin todos los auxilios espirituales que necesitan los enfermos en las horas postrimeras. Esta falta penetraba su corazón tan vivamente, que pedia á Dios en la oracion se dignase de proveer á este mal con remedios oportunos.

El Señor, que veia la pureza de corazón y santo zelo de donde nacia las súplicas de su siervo, determinó favorecer sus santos deseos, inspirándole un proyecto que llevaria despues á ejecucion su poderosa mano. Estando el Santo en fervorosa oracion, le vino al pensamiento que la falta de auxilio que los enfermos experimentaban podria remediarse instituyendo una congregacion, cuyos individuos no tuviesen otro objeto que asistir á los enfermos, sin esperanza de mas recompensa que la que tiene Dios prometida á la virtud. Comunicó este pensamiento á nueve su-

getos de los que asistian en el hospital, en cuya piedad halló su propuesta todo el buen acogimiento que esperaba. Con tan feliz principio dispuso en el mismo hospital un oratorio; en donde se juntaban todos al rezo, á la oracion y á la disciplina, y de donde salian tan encendidos en amor de Dios y del prójimo, que era palpable el gran beneficio que de esta pequena junta recibian los enfermos. Pero el enemigo comun, contrario siempre á las empresas virtuosas, procuró y consiguió desvanecer esta en sus principios. Por influjo y malas persuasiones de un ministro del hospital llegaron á temer los diputados que aquella nueva congregacion habia de llegar á levantarse con el gobierno; y despues de haber dicho al Santo muchas ásperas razones, ellos por si mismos deshicieron el oratorio. Afligido Camilo con esta desgracia, se llevó á su aposento un grande y devotísimo Crucifijo, delante del cual oraba; y estando delante de él vertiendo muchas lágrimas por la destruccion de aquella obra caritativa, advirtió que el divino Salvador, desclavando las manos de la cruz, le decia con gran ternura: «¿De qué te afliges, ó pusilánime? sigue la empresa, que yo te ayudaré en una obra que es toda mia y no tuya.» Con este maravilloso favor cobró Camilo nuevo esfuerzo, y se resolvió á juntar su congregacion fuera del hospital, con cuyo designio, á pesar de su grande humildad, determinó hacerse sacerdote. No sabia gramática, y le faltaban rentas á cuyo título pudiese ordenarse. Lo primero lo venció su humildad; no desdenándose de asistir un hombre de treinta y dos años á estudiar la gramática en compañía de los niños; y lo segundo lo venció Dios, moviendo el corazón de un ciudadano romano para que de sus bienes le señalase congrua suficiente. Vencidas todas las dificultades, se ordenó de sacerdote en el dia de Pentecostés en el año de 1584.

Viéndose Camilo con todas las disposiciones previas para verificar su intento, renunció el oficio de mayordomo; y los diputados, en premio de sus buenos servicios, le hicieron capellan de la iglesia de nuestra Señora de los Milagros. En una casa contigua á ella hizo Camilo su residencia con dos compañeros de su mismo espíritu, y comenzaron á echar los fundamentos de aquella grande obra. En aquella casita hacian sus juntas espirituales, rezando las letanias y otras muchas devociones, y ejercitándose en la oracion, animándose mutuamente al mas exacto cumplimiento de su instituto caritativo que habian abrazado. De allí salian encendidos en caridad, la que iban á practicar al hospital del Espíritu Santo, el mas grande y famoso que tiene Roma. En él consumian las mañanas, las tardes, y gran parte de la noche,

según lo exigían las necesidades de los enfermos. Servían á estos con el mayor esmero, haciéndoles las camas, administrándoles la comida y limpiándoles las inmundicias. No había enfermedad, por asquerosa y contagiosa que fuese, que bastase á entibiar el fuego de amor del prójimo que hervía en sus pechos, antes bien esto mismo era el mas poderoso incentivo para atraer su cuidado y servicio. Pero en lo que mas esmero ponían era en instruir á los enfermos en la doctrina cristiana, exhortarlos á sufrir con paciencia las enfermedades, prepararlos para recibir con fruto los santos sacramentos, y últimamente confortar sus almas con palabras de mucho consuelo y ternura en el trance último de la muerte. (*) Divulgáronse estos caritativos oficios por toda la ciudad, y en breve tiempo tuvo Camilo muchos compañeros, que movidos de superior impulso querían seguir su instituto. Los

(*) Entre los muchos abusos y peligrosos males que precavó el zelo de Camilo, su atención á la mas pequeña circunstancia relativa al cuidado de los enfermos le hizo descubrir, que en los hospitales se enterraban á muchos vivos. Por esta causa dispuso el Santo que sus religiosos continuasen sus oraciones á las almas agonizantes un cuarto de hora despues de haber dado al parecer el último aliento, y que no permitiesen que cubriesen las caras tan pronto como se acostumbra, porque con esta acción suelen sofocarse aquellos que aun no han espirado. Esta precaución es mucho mas necesaria en los insultos, apoplejías y todos aquellos accidentes y enfermedades que proceden de obstrucción ó alguna repentina revolución de humores. Esta observancia de S. Camilo ha sido confirmada por muchos ejemplos de personas enterradas vivas, y de otras que han vuelto despues de haber al parecer estado muertas mucho tiempo. La esperiencia ha demostrado con muchos ejemplos indubitables, que sin que uno esté muerto puede suceder una entera cesación de la circulación de la sangre, y de la respiración por algun tiempo por una total obstrucción de los movimientos orgánicos de los espíritus y flúidos de todo el cuerpo; cuya obstrucción puede removerse á veces, y restituirse las funciones vitales. Por tanto no debe presumirse que el alma ha dejado al cuerpo en el acto mismo de espirar, sino en el momento en que algun órgano ó parte esencial del cuerpo para la vida ha decaído irreparablemente ó está enteramente destruida. Ni puede darse una señal evidente de que una persona ha muerto hasta que aparece algun sintoma indubitable de putrefacción. Para precaver un accidente funesto, dicen algunos eminentes autores, que no debiera permitirse el entierro de ningun cadáver antes de verificarse prueba de putrefacción, para que por lo comun asignan por señal cierta el que bajándole la quijada inferior no pueda restituirse á su estado anterior por sí misma, porque entonces se perdieron con la corrupción los espíritus elásticos de los músculos. *Nota de Ortiz á las Vidas de Santos escritas por Butler.*

vecinos de Roma, viendo la gracia particular que aquellos nuevos ministros de los enfermos tenían para asistirlos en la agonía de una manera que tranquilizaban sus almas, los llamaban á sus casas para recibir de ellos el mismo consuelo.

Viendo S. Camilo la prosperidad con que conducía Dios sus intentos, y que tenía un número suficiente de compañeros para formar la congregación proyectada, solicitó del santo padre Sixto V un breve apostólico que aprobase aquella congregación; y en efecto lo logró, siendo aprobada á 18 de marzo de 1586. Gregorio XIV, satisfecho de los provechosos servicios que esta congregación hacía al pueblo cristiano, la elevó á estado formal de religión por bula espedita á 15 de octubre de 1591, eligiendo á Camilo por general perpetuo de la religión que había fundado. Viendo el siervo de Dios perfectamente cumplidos sus deseos, aplicó toda su atención á la propagación de su instituto y al cuidado de los enfermos. Son indecibles sus diligencias, sus ansias y trabajos para cuidar de que los hospitales estuviesen bien provistos, servidos y consolados los dolientes. Hizo para este efecto muchos y penosos viajes; estendiéndose su caridad á todo género de necesitados, á quienes socorria con tan copiosas limosnas, que obligó á cooperar á ellas con sus milagros á la divina Omnipotencia. Manifestábase en todo un hombre de caridad, haciéndose todo para todos, y deseando hacer sacrificio de su vida en beneficio de sus hermanos. Vióse esto con mas claridad en el año de 1594, en que Dios afligió á Roma con una peste funesta. Este terrible monstruo, acompañado de la hambre, parece que quería desolar aquella ciudad. Todas las casas, principalmente de gente pobre, estaban llenas de contagiados y de miserables, que faltos de todo auxilio rendían la vida, acabados por la necesidad ó por la peste. Los que quedaban libres desatendían el cuidado de los infelices para precaverse del contagio. Por todas partes se veían ó cadáveres ó moribundos, que puestos en el último extremo, faltos de todo auxilio, esperaban la muerte, sin mas consuelo que el verse morir mutuamente padres é hijos sin poderse dar socorro. En esta situación tan dolorosa fué un remedio universal la caridad de Camilo y de sus hijos; quienes sin reparar en trabajos, incomodidades, ni en el peligro de la vida, acudían á todas partes á asistir á los enfermos. Aplicábanles medicinas, administrábanles el sustento, limpiaban sus asquerosidades, dando del modo posible alivio y consuelo á todos. Sucedió tal vez hallarse casas cerradas, porque todos sus individuos se hallaban enfermos y debilitados de manera, que no tenían fuerzas para levantarse á abrir las puertas. Camilo llevaba escaleras, entraba por las ven-

tanas, y de este modo hacia á aquellos infelices participantes de su caridad. No se contentaba esta con sus servicios personales, sino que persuadía á las personas ricas á que concurriesen con sus limosnas para multiplicar con ellas los socorros, y facilitar el alivio de tantos necesitados. Buscaba gente á su sueldo, y hacia que fuesen por los establos y caballerizas, y por otros lugares en donde estaban los enfermos rodeados de cadáveres y ya casi sin aliento. Hacía los conducir á los hospitales y á otros lugares oportunos, en donde por sus diligencias, ó recuperaban la salud, ó morían consolados, recibiendo los santos sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía.

Terrible fué el azote que recibió Roma con esta peste, y sin duda hubiera quedado despoblada si en Camilo y sus hijos no hubiera preparado sabiamente la divina Providencia el remedio á tantas calamidades. No se finalizaron estas con la estincion del contagio, porque de allí á dos años, saliendo el Tiber de madre, causó nuevos estragos, y puso en gran consternacion á todos sus vecinos. Principalmente tocaron los funestos efectos al hospital del Espíritu Santo, adonde llegó la inundacion de las aguas, de manera que ya casi se anegaban los desvalidos enfermos. Apenas llegó á noticia de Camilo este terrible conflicto, cuando voló exhalado al hospital, y entrando por el agua á las piezas inundadas, comenzó á sacar enfermos sobre sus propios hombros, y hasta las camas mismas, perseverando dia y noche en aquel trabajo por espacio de tres dias. Igual beneficio experimentaron las ciudades de Nola y de Milan en tiempo en que la Justicia divina castigaba los pecados de los hombres con una terrible peste. Morían los infelices por las plazas y calles, apartando el rezelo de perder la vida aun á los mas piadosos de las camas de los enfermos. No sucedió así con Camilo y sus religiosos, quienes apenas tuvieron noticia de aquella calamidad, corrieron presurosos á remediárla, haciendo sacrificio de sus vidas, si fuese menester en las aras de la caridad. Sucedió así en efecto, porque pegándose se el contagio á cinco de sus hijos, lograron una gloriosa muerte por salvar la vida á sus prójimos. Era sensible esta falta á Camilo, porque advertía que cada uno de aquellos primeros compañeros que se le juntaban era un horno de caridad, y un ejemplo vivo de todas las virtudes. Pero como su instituto era todo orden de Dios, y su objeto el servir y consolar á los prójimos en las mas estremadas miserias, cuidaban de su conservacion y propagacion Dios y los hombres. Por cada uno que moría venían muchos varones piadosos que pretendían abrazar el instituto, siendo los muertos como los granos de trigo del Evangelio, que multi-

plicaban prodigiosamente los frutos. De la mayor parte de las ciudades de Italia pretendían que Camilo estableciese un convento, prometiéndole por su parte ayudar á la fabrica, y proporcionar las subsistencias temporales en cambio de los espirituales socorros que habian de recibir. De esta manera se vió este naciente instituto maravillosamente propagado por toda Italia, en donde se hicieron varias provincias para establecer con mayor facilidad la observancia regular, el orden y la obediencia. Visitábalas todas el glorioso patriarca por sí mismo, sin que ni lo penoso de los caminos ni la escasez de los medios entibiasen su ardiente zelo. Los puntos mas esenciales de sus visitas eran únicamente pertenecientes á la caridad. Si se asistía con esmero á los enfermos; si se les regalaba y consolaba; si se les suministraban todos los auxilios de la religion para sanar sus almas de la culpa al tiempo que se curaban sus cuerpos; si estos esmeros eran mas activos y diligentes con los mas asquerosos; y últimamente, si en las últimas horas de la vida dulcificaban las amarguras de la agonía con palabras de vida que avivaban en los enfermos la esperanza cristiana: tales eran los capítulos de sus visitas, y lo que llevaba las principales atenciones del caritativo padre. Sin embargo, no olvidaba por esto los demás puntos de la regla y constituciones, conociendo que muchas veces entra la relajacion en un cuerpo observante por un pequeño resquicio.

Gozoso se hallaba Camilo con el prodigioso aumento que había tomado su religion, y con la prosperidad que Dios iba derramando sobre ella; pero al mismo tiempo contristaba su ánimo el verse superior, en cuyo cargo le era indispensable el recibir muchos honores, que aborrecía su humildad, y estar sujeto á un sin número de obligaciones delicadas que temia su escrupulosa conciencia. Por este motivo consideró que aquella obra tan felizmente principiada creceria con mas rapidez puesta en otras manos, y él viviria mas tranquilo, atendiendo únicamente á la santificacion de su alma y al servicio de sus enfermos. Determinó, pues, hacer renuncia del generalato en manos del cardenal protector; y aunque este purpurado interpuso su autoridad y sus razones para que no se verificase la renuncia, todo fué inútil para con un santo, en quien competían los ardores de la caridad con los abatimientos y humillaciones que solicitaba para su persona. No quiso el protector negar este consuelo al fervoroso y humilde Camilo; y así en el año de 1607 le admitió la renuncia que hizo del generalato, dejándole contentísimo porque ya no tenia que pensar en otra cosa que en prepararse para la muerte, que contemplaba ya muy cercana. No se contentó el siervo de Dios con renun-

ciar la suprema prelación de su religion, sino que para ejercitarse mas libremente en todas sus virtudes, renunció igualmente la mas mínima exención ó privilegio que pudiese corresponderle por haber sido fundador. Reducido de este modo al simple estado de súbdito, igual en todo á cualquier sacerdote profeso, se retiró al hospital de la Anunciata de Nápoles. En este lugar de piedad se entregó enteramente á los ayunos, á la oración y á la penitencia, dividiendo entre estos ejercicios y la asistencia de los enfermos toda su alma y todos sus cuidados. Celebróse por entonces capitulo general en Roma, al que no quiso asistir, huyendo de los honores y dignidades con tanta eficacia, como suelen otros poner en pretenderlas. Pero por esto no pudo impedir que el general le diese varias comisiones para visitar los conventos de Genova y Milan, persuadido de que sola su caridad y su presencia podrian arreglar los negocios de aquellas casas. En ellas asistia incesantemente á curar y limpiar los enfermos, entre quienes decia tener todas sus delicias. Muchas noches las pasaba en vela, cuidando mas del beneficio espiritual de los que estaban en agonía, que de recibir su necesario descanso. A los administradores de los hospitales hacia continuas representaciones solicitando subsistencias para los pobres enfermos; y como conocian el fervoroso zelo y caridad de donde nacia sus solicitudes, procuraban contentarle, persuadidos á que en esto mismo hacian la voluntad de Dios. Evacuadas las comisiones que le encargó su general, pasó á Roma, y alcanzó de él licencia para quedarse todas las noches en el hospital del Espíritu Santo, con el designio de asistir en la agonía á los enfermos de mayor peligro.

Este sitio era el que apetecia su alma para darla todo el desahogo que su ardiente caridad necesitaba. Allí entabló un tenor de vida que reunia en sí todas las asperezas de la mayor mortificación, todas las dulzuras de la vida contemplativa, y todos los ejercicios de la vida activa y oficiosa. En la fiesta de todos los Santos del año de 1609 comenzó á vivir con este método. Todas las noches después de dar á su cuerpo el breve reposo de cuatro horas de sueño en un aposento del mismo hospital, bajaba al oratorio, en donde pasaba algun tiempo en oración delante del santísimo Sacramento. Visitaba después todas las camas; y si hallaba alguno que estuviese moribundo, le confesaba y administraba la Eucaristía, asistiendo después á su cabecera, diciéndole palabras de consolación con que prepararle á la última hora. Administraba la Estremauncion, la Eucaristía ó la Penitencia, segun la necesidad del enfermo, sin abandonarle hasta que moria cristianamente, ó le dejaba con las disposiciones necesarias para

el'o. Finalizada esta visita se volvia al oratorio, en donde tenia una hora de oración; pero si habia algun enfermo de peligro, la tenia á la cabecera de su cama. Acabada la oración volvia á visitar á los enfermos, acomodándoles la ropa, calentándoles los pies, y mudándoles ó enjugándoles las camisas si estaban mojas del sudor. En tiempo de verano, en que la sed mortificaba estrañamente á los enfermos, tomaba un jarro de agua fria, é iba de cama en cama humedeciendo los labios, y refrigerando la boca de los miserables enfermos, que recibian con esta caritativa diligencia un consuelo inesplicable. Asistia después á darles alguna conserva, bizcochos á algun otro confortativo, segun las necesidades respectivas, y para este efecto pedia limosnas, que se las daban muy copiosas sus devotos. Al tiempo de dar las medicinas acompañaba á los enfermeros, animando á los dolientes, quitándoles la repugnancia que tenian en tomarlas con palabras graciosas, dictadas por la caridad. Llegada la hora en que habia de administrar el santísimo Sacramento á los enfermos, se renovaban todos los esfuerzos de este abrasado serafin. Corria á las camas, preguntaba si tenian que reconciliarse, les exhortaba á dolerse de sus culpas, y á hacer actos de fervorosa contrición. Después de recibido el Viático hacia á los enfermos discursos espirituales, exhortándolos á que diesen gracias á Dios por la misericordia de haber venido á su pecho, y á llevar con paciencia los dolores de la enfermedad. Acabado esto, hacia las camas, y mudaba la ropa á aquellos que veia que tenian mas necesidad, en cuyo ejercicio sufría con gusto un hedor intolerable. Todo lo re erido lo hacia hasta poco después de amanecer. A esta hora se retiraba á su aposento, rezaba con quietud el oficio divino, y se curaba aquella penosa llaga, que le martirizó todo el discurso de su vida. Preparábase después fervorosamente para decir misa, como si los ejercicios anteriores hubiesen podido distraer su espíritu; deciala con mucha atención, devoción y lágrimas, aplicándola comunmente por los enfermos que estaban en mayor peligro. Acabadas las gracias se volvia al hospital á la continuación de sus obras caritativas, hasta que llegaba la hora de comer. Ayudaba á administrar la comida á los enfermos; hacíales las camas á los que tenian mayor necesidad, diciéndoles al mismo tiempo muchas palabras de consolación con un semblante alegre y festivo, y se volvia á su casa. En ella se divertia en leer algunas horas, hasta que llegada la noche comenzaba sus ejercicios como en el dia precedente.

Mas de tres años permaneció el Santo en este tenor de vida con admirable constancia, hasta que en el de 1612, contem-

plando el general que su presencia era sumamente útil para avivar en los conventos el fuego de caridad de que estaba abrasado, le mandó que le acompañase en la visita del convento de Nápoles y de otras varias casas. Al año siguiente asistió al capítulo general, en el cual fué elegido el P. Francisco Antonio Nilo por supremo superior de la orden. Inmediatamente comenzó este su visita; y no obstante la oposicion que hicieron la humildad y tranquilidad de Camilo para acompañarle en ella, hubo de condescender al fin, animado de los copiosos frutos que el general le prometia. En la santa casa de Loreto dió feliz principio á esta espedicion, diciendo misa, y pidiendo á la Madre de Dios su amparo y favor para el trance de la muerte, que ya presentia. Habiendo visitado las casas de Bolonia, Ferrara, Mantua y Milan, llegó á Génova, en donde sus males y achaques que padecia se le agravaron de modo, que llegó á desconfiarse de su vida. Restablecido algun tanto, hizo que le condujesen á Roma, y al entrar en su casa dijo aquellas palabras del Profeta: Aquí será mi descanso. Recibióle los religiosos con extraordinaria devocion y regocijo; besáronle la mano como á su padre y patriarca; y solícitos por conservar una vida tan preciosa, hicieron que se echase en cama, en donde le cuidaron y regalaron con el amor y ternura de hijos. Estos esmeros produjeron algun efecto, porque de allí á algunos dias se halló notablemente restablecido. No quiso el Santo perder estos instantes de mejoría sin emplearlos en aquellas ocupaciones de caridad que le habian merecido todas las atenciones de su vida. Hizo que le llevasen á la iglesia de S. Pedro para encomendarle al Príncipe de los Apóstoles el cuidado y aumento de un instituto tan provechoso. Al pasar el puente de Sant-Angelo conmovió su corazon de tal manera la vista del hospital del Espíritu Santo, que se hizo llevar allá, y apoyado en dos religiosos visitó las camas de los enfermos, diciéndoles palabras de mucha edificacion y ternura. Todos los ministros del hospital se conmovieron con su llegada; unos le besaban la mano, otros le pedian la bendicion, y todos se animaban mutuamente á andar mas vigilantes, alegando por razon que ya habia venido el P. Camilo. Visitó la iglesia de S. Pedro con fervorosa oracion, encomendando al santo Apóstol el cuidado de su religion. Ibase poco á poco acabando la vida de este incomparable varon, que debiera ser interminable; pero al mismo paso crecian mas los ardores de su encendida caridad. Pocos dias pasaron, y pareciéndole que tenia algunas fuerzas, hizo que le llevasen á su amado hospital, que era el único sitio en donde encontraba algun alivio á las muchas dolencias

que padecia. Los esfuerzos que hizo para servir á los enfermos, los muchos discursos con que los animó al amor de Dios y al aborrecimiento de sus culpas, y las lágrimas que vertia sobre aquellos infelices solo se pueden concebir reflexionando sobre aquella heroica caridad, que fué el distintivo de todas sus acciones. «Bien sabe Dios, decia á los enfermos, que quisiera quedarme para siempre con vosotros; mas ya que esto no me es dado, estad ciertos que me quedo con vosotros con el alma y con el corazon.» De vuelta para su convento le sobrevino un desmayo que le obligó á retirarse á una tienda, de donde, trasladado á su convento, se echó en cama para morir. Luego que se publicó por Roma el peligroso estado de su vida, fué innumerable el concurso de personas de todas clases y estados que acudian á visitarle; pero el Santo no recibió sino á personas muy espirituales, cuyos consejos santos podian servirle para lograr una muerte preciosa delante del Señor. En aquellos dias fué admirable el arrepentimiento que manifestó de sus culpas, pidiendo á Dios perdon y misericordia con tanta compuncion y lágrimas, como si no las hubiera derramado abundantemente, y satisfecho por ellas en tantos años de piedad y de caritativos ejercicios. Sufrió con una paciencia invencible los muchos dolores y angustias que le ocasionaban cinco enfermedades que padeció á un mismo tiempo, sin que en el discurso de todas ellas se le hubiese oido una sola queja. Agravada, en fin, la enfermedad, se le administraron los santos sacramentos, que recibió con suma devocion é inesplicable consuelo de su alma. Llamó á sus hijos, dióles su bendicion, exhortólos al amor fraternal, á cuidar exactamente de los enfermos, y al ejercicio de todas las virtudes; y habiendo fijado sus ojos en un santo Crucifijo, repitiendo los dulcissimos nombres de Jesus y de María, exhaló su alma con aquella tranquilidad con que mueren los justos. Sucedió su dichoso tránsito el dia 14 de julio de 1614, siendo á la sazón de sesenta y cinco años de edad. Su portentosa santidad fué acreditada por Dios, ya con el suave olor que exhalaba su cadáver, el cual quedó con extraordinaria hermosura, y ya con varios milagros que por su intercesion hizo la divina Omnipotencia. Benedicto XIV, habiendo precedido el informe correspondiente, le beatificó en 1742, y en el dia 29 de julio de 1746 el mismo santo Padre le puso con la mayor pompa en el catálogo de los Santos.

La misa es en honor de S. Enrique, y la oracion la que sigue:

O Dios, que en este mismo dia trasladaste al bienaventu-

rado Enrique, tu confesor, desde el elevado trono del imperio de la tierra al reino eterno de la gloria; te suplicamos humildemente, que así como le preveniste á él con tu gracia para que venciése los atractivos

halagüeños del siglo, así también hagas que nosotros, á su imitación, despreciemos los engañosos halagos de este mundo, y lleguemos á tí inocentes y puros en nuestros corazones Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 51 del Eclesiástico, y la misma que el día v, pág. 111.

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que fué hallado sin mancha. Otra versión lee: *Bienaventurado el rico que fué hallado sin mancha, que no puso su confianza en las riquezas, ni se engrió con ellas.* En realidad no hay cosa ni mas rara, ni mas digna de admiración, ni mas acreedora á los mayores aplausos que un hombre rico, inocente y justo, modesto en su conducta, moderado en sus deseos, sin orgullo y sin ambición. La escasez de estos milagrosos hombres no proviene ciertamente ni del mérito ni del valor de las riquezas; estas no comunican valor ni mérito, pues ellas mismas no tienen otro que el imaginario y arbitrario que el capricho de los hombres las ha querido conceder. Nace, pues, la escasez de hombres ricos, y al mismo tiempo inocentes, de la corrupción del corazón humano, del dominante imperio de las pasiones, y de que á la verdad hay pocas almas verdaderamente grandes: Déjase el hombre deslumbrar de un esplendor superficial y pasajero; triunfa, y se empavona, porque tiene mas medios de perderse. Amontonamiento de riquezas, ocasion de injusticias; posesion de riquezas, manantial de orgullo; uso de riquezas, semilla de desórdenes y principio de disolucion. El que solo piensa brillar en el mundo, ¿cómo puede ser devoto? Pues ya se sabe que al mundo por lo común solo se le da noticia de que uno es poderoso por la ostentacion, por la profandidad y por el fausto. La distincion á que se aspira, toda ella se pone de parte del amor propio y de la vanidad: *Dives effectus sum, inveni idololum mihi.* (Osee 12.) Un corazón poco cristiano idolatra en las riquezas; ellas son su Dios, y en ellas lo encuentra todo. Los privilegios que este ídolo concede á los que le adoran son los siguientes: relajacion en los ejercicios mas comunes de la religion; derecho imaginario para dispensarse en las obligaciones mas esenciales de ella; ideas frívolas de lo que se llama

decencia; lastimosos pretestos, y razones á cual mas ridiculas para traer una vida irregular y menos cristiana. ¡Pero mi Dios! ¿pasarán estos privilegios en el terrible día de vuestras venganzas?

Asistir á la misa del pueblo, esa es devocion de la gente ordinaria, de que se avergüenza una dama rica y de calidad: hay hora y misa de los caballeros y de las señoras, que en algunas partes se llama *la bella misa*. Seguramente que no se asiste á ella por devocion, pues ni la humildad ni el respeto se componen bien con la profandidad. Púedese contar la bella misa en el número de aquellas concurrencias de buena crianza, que sirven para entretener un rato la ociosidad, y para variar la diversion. Hasta en los actos mas sagrados de la religion, que piden mayor respeto y mas profunda humildad, inspiran orgullo y altanería las riquezas. A los mismos pies de Jesucristo, hasta en las mismas sagradas aras se quiere hacer estudio y ostentacion de parecer mas rico y mas mundano. En ninguna parte se suelen afectar mas distinciones que en la iglesia. Ni la delicadeza quiere perder ninguno de sus derechos, ni el orgullo disminuir un punto de su fausto. ¿Pero de qué servirá hacerse reflexiones, y darse por convencidos, si no hay enmienda?

El Evangelio es del capítulo 12 de S. Lucas, y el mismo que el día v, pág. 115.

MEDITACION.

De la paz interior.

PUNTO PRIMERO. — Considera que ni los deleites, ni las honras, ni las riquezas produjeron jamás la paz del corazón. Ignóranla los dichosos del siglo, y solo puede ser fruto de la buena conciencia. Acompaña siempre á las diversiones y alegrías del mundo un inagotable fondo de turbacion y de inquietud. Puede la ambicion por algunos pocos momentos contentar el corazón, y parecer como que le tranquiliza; pero muy en breve brotan las inquietudes interiores, y ni las pasiones, ni las prosperidades, ni los errores bastan á calmarlas; solo Dios sosiega el corazón plenamente.

Búsquese, solicítese, trabájese en el mundo cuanto se quiera por encontrar la paz; satisfáganse las pasiones; conténtense, si fuese posible, nuestros deseos; no salga al encuentro de nuestra fortuna, ni concurrente, ni émulo, ni algun otro embarazo; embriáguense las almas, por decirlo así, en bienes, en gustos y